

16 julio 1902

PRIMERA

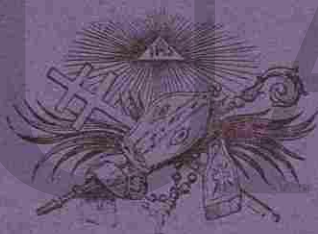
❖ CARTA ❖ PASTORAL ❖

que el Ilmo. y Rmo. Sr. Dr.

D. Ramón Charra

y Comisario

DIRIGE - AL - CLERO
Y FIELES DE LA DIOCESIS DE PUEBLA.



BX874

.I2

P7

c.1

PUEBLA.

—)53(—

Imprenta del Colegio Pío de Artes y Oficios,

CALLE DE LA CONCORDIA NÚM. 2.

1902.

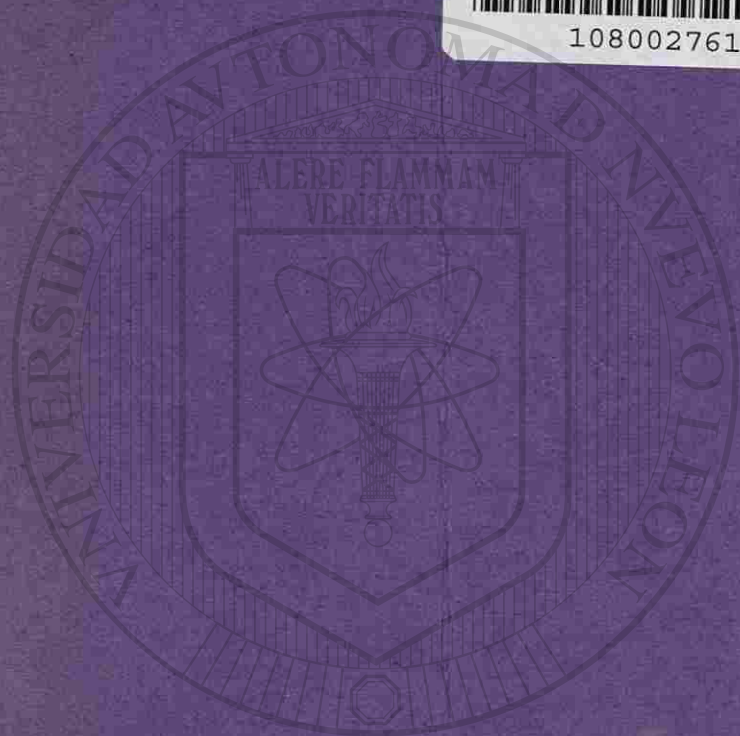
096

五、**“三三制”**

.12
P7
C.1



1080027610

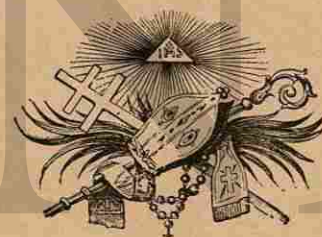


Primera CARTA PASTORAL

que el Ilmo. y Rmo. Sr. Dr.

D. Ramon Ibarra y González.

dirige al clero
y fieles de la Diócesis de Puebla.



IMPRESA Y COMPAÑIA
DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

PUEBLA.

—):0:(—

Imprenta del Colegio Pío de Artes y Oficios,

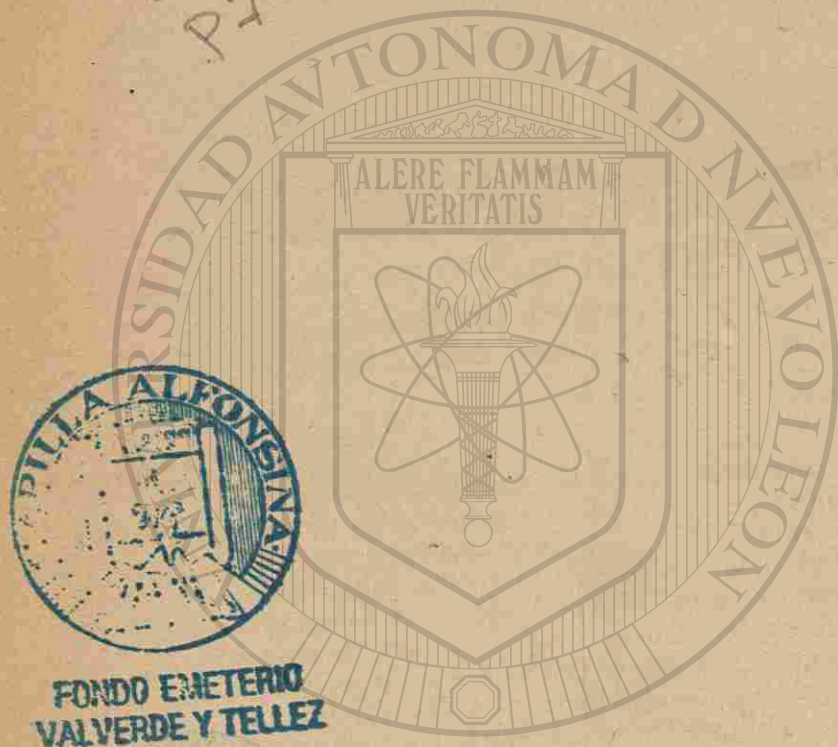
CALLE DE LA CONCORDIA NÚM. 2.

1902.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

42244

Bx874
I2
P7



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Nos el Dr. D. Ramón Ibarra y González,
por la gracia de Dios y de la Sta. Sede,
Obispo de Puebla.

*Al M. I. y V. Sr. Dean y Cabildo, al Clero secular y
regular y á todos los fieles de Ntra. Diócesis, salud, paz
y bendición en el Señor.*

La Providencia divina, que como enseña el Apostol S. Pablo, acostumbra escoger para la realización de sus obras, los elementos más viles y despreciables á los ojos del mundo, á fin de que brille con mayores fulgores la gloria de su santo nombre, se dignó fijar sus amorosas miradas en nuestra humilde persona para que tomásemos el cayado de la floreciente Diócesis Angelopolitana.

Tranquilos y felices apacentábamos en las escabrosas regiones del Sur el humilde rebaño que se nos habia confiado, cuando oimos la voz del Vicario de Jesu-Cristo que nos ordenaba dejar aquellas dóciles y amantes ovejitas y emprender el camino hacia vosotros, para constituirmos vuestro Pastor.

Dóciles á su llamamiento, nos separamos desde luego de nuestra amada Diócesis de Chilapa, y despues de un largo y penoso viaje, tenemos ya la grande satisfacción de presentarnos ante vosotros y de saludaros por vez primera como vuestro amante Prelado.

Mas ¿cómo explicaros, venerables hermanos é hijos muy amados en Jesu-Cristo, las dulces y variadas impresiones que se han despertado en nuestro corazón al penetrar en las fronteras de nuestra Diócesis, y sobre todo, al llegar á nuestra ciudad episcopal?

005096

Hemos visto en su augusta Basílica al M. I y V. Cabildo, entre cuyos miembros distinguimos aun á algunos de nuestros muy amados y dignos Profesores.

Hemos contemplado de nuevo la Sta. Iglesia Catedral, en donde desde niño elevamos nuestras "oraciones al Señor" y más tarde entonamos en su hermoso coro secular las alabanzas del Espíritu Santo.

La hemos visto henchida á nuestra llegada de todas las clases de la Sociedad, en cuyos semblantes se rebelaba una alegría indecible, que no pudiendo contenerse dentro de los estrechos límites del corazón, se desahogó de un modo extraordinario, en las manifestaciones exteriores con que celebró nuestro arribo á la ciudad episcopal.

Todo esto nos ha conmovido profundamente; y después de despertar en nuestra alma un agradecimiento profundo, nos ha impulsado poderosamente á fijar nuestras miradas en la grandeza de la misión que se nos ha confiado y en la obligación estricta que tenemos de desempeñarla fielmente.

Y á la verdad, si el entusiasmo religioso con que los fieles reciben á sus Prelados, poco ó nada significa á los ojos del mundo, á los ojos de la fé y de la razón demuestra claramente la sublime misión del Episcopado y los grandes bienes que de él espera el pueblo católico.

Sobre este punto tan importante en las actuales circunstancias, queremos, muy amados hijos en Jesu-Cristo, haceros algunas breves reflexiones, aprovechando la oportunidad tan propicia que nos ha ofrecido la entusiasta y amorosa recepción que nos hizo la muy ilustre y distinguida ciudad de Puebla.

Nos refiere la Sta. Escritura, que conversando una vez Jesu-Cristo con sus discípulos, para hacerles entender de una manera sencilla pero profunda la grandeza de la misión que les había dado, y los bienes que debía producir

en el mundo, les dijo estas memorables palabras: "Vos estis lux mundi: Vos estis sal terrae." "Vosotros sois la luz del mundo: sois la sal de la tierra."

Así como en el orden físico no hay cosa más necesaria y provechosa que la luz y la sal, pues sin estos elementos quedaria envuelta la naturaleza en espesas tinieblas y convertida en un foco insondable de corrupción, mientras que con su auxilio la naturaleza entera se vivifica y nos muestra sus admirables encantos; de la misma manera, con aquellas palabras quiso manifestar Jesu-Cristo que la misión confiada á los Apóstoles, y en su persona á los Obispos que son sus sucesores, estaba ordenada á producir en las regiones del alma lo que hay de más necesario y provechoso para la vida y perfeccionamiento del espíritu, y aun para la felicidad temporal del individuo y de las Naciones. Y todo esto, en perfecta armonía con los amorosos designios que Dios tiene para con el hombre en el presente orden de su Providencia.

En efecto, la humanidad, digan lo que quieran los incrédulos, ha sido criada por Dios para el cielo. En este mundo vamos de paso, como peregrinos, mirando desde lejos y saludando á nuestra verdadera Patria, cuyas fronteras comienzan allí donde terminan los confines del tiempo.

Mas ¿como llegar á esta Patria feliz si no hay una luz que ilumine nuestro camino, una fuerza que vigorice nuestra voluntad y la preserve de la corrupción de las pasiones?

La Sabiduría Divina se ha encargado de proveer á todo esto.

Desde que Dios crió á Ntros. Primeros Padres en el Paraíso, El mismo se constituyó su Maestro. Bajo la sombra de las palmeras, y en medio del perfume de aquel lugar de delicias, al declinar el día, les hacia sentir su dulce voz, que al mismo tiempo que iluminaba sus inteligencias, enriqueciéndolas con los tesoros de su sabiduría infinita, comunicaba á sus corazones esa savia divina que es el germen de todas las virtudes. Poco duró,

por desgracia, esa época feliz; al soplo infernal del demonio se desvaneció como un sueño, como una flor. Pero á pesar de la ingratitude del hombre, Dios no cesa en la Grande Obra de amaestrar al género humano. ¡Qué hermosa se presenta en la corriente de los tiempos la Providencia amorosa de Dios, que á medida que los siglos avanzan, se muestra más solícita en aumentar los rayos de la luz divina que debe dirigir al hombre hacia la eternidad!

El Apostol S. Pablo, (1) con una sola frase nos describe admirablemente el periodo de la formación de esa luz celestial, ó sea del depósito divino de la revelación. "Habiendo Dios, dice, hablado en otro tiempo, muchas veces y de varias maneras á los Padres por medio de los Profetas, nos ha hablado en estos tiempos por medio de su Hijo, á quien constituyó heredero de todas las cosas."

A diferencia de la luz material que se formó en un solo instante, cuando se oyó en la nada el eco de aquella palabra omnipotente: "Fiat lux et facta est lux" "Hágase la luz y la luz fué hecha;" el foco sobrenatural de la revelación se fué formando lenta y sucesivamente en el curso de los siglos.

Después que Dios Ntro. Señor instruyó en el Paraíso á Ntros. Primeros Padres, siguió enseñando á la humanidad por medio de una larga serie de hombres inspirados, que á manera de astros en el firmamento, hacían descender á la tierra la luz que recibían de las alturas. Entre estos astros de primera magnitud brillan en el cielo del Antiguo Testamento: Adam, Noé, Moisés, David y la ilustre prosapia de los Profetas.

Pero estaba reservado al Mesias prometido dar á este foco de luz todo su complemento, como Maestro universal del género humano.

Llega, en efecto, la plenitud de los tiempos. Los cielos, según la bella expresión del Profeta Isaías, llueven al Justo: la tierra se abre, y de la fecunda vara de Jesús

(1) Epist. ad Hebr. c 1. v 1.

brotará cual cándido lirio Ntro. Divino Salvador, cuyo corazón adorable, como cáliz de flor exquisita, ofrece al Espíritu Santo una mansión dulce y delicada en donde depositar sus divinos dones.

¡Que bellos son los tiempos del Magisterio de Jesu-Cristo! En las riberas del mar ó en la cima de las montañas, en las populosas ciudades ó en la humilde chosa del campesino, abre sus divinos labios y de ellos brotan palabras de vida eterna. Las enseñanzas que Dios había dado en el Antiguo Testamento son confirmadas por Jesu-Cristo, y á aquellos rayos de luz que en la aurora del Mesias habían dirigido al hombre hacia el cielo, añade Jesu-Cristo los brillantes destellos de su celestial doctrina, que vienen á completar el depósito de la revelación. Sino que á imitación de su Eterno Padre, y para gloria del género humano, quiere también que sus discípulos iluminados por El cooperen al complemento de esta luz, y que sus últimos fulgores broten de las misteriosas páginas del Apocalipsis.

A partir de esta época, no descenderá ya más sobre la tierra otra luz del cielo que revele nuevas verdades al género humano. El depósito de la revelación se ha concluido con el ilustre desterrado de la Isla de Patmos.

Pero además de la luz, necesita el hombre para llegar al cielo de una fuerza poderosa que lo preserve del mal y lo haga producir frutos de santidad.

La Sabiduría divina se ha encargado también de proveer á esto.

En el Antiguo Testamento esta fuerza sobrenatural brotaba de la fé y esperanza en el Mesias prometido. En el Nuevo, cumple Jesu-Cristo los vaticinios de los Profetas, abriendo con el precio de su sangre las fuentes purísimas de los Sacramentos, por donde descenden á la tierra, de los collados eternos, las aguas cristalinas de la gracia, que llevan en sus corrientes los gérmenes de todas las virtudes, para sembrarlas en las almas y darles una admirable florecencia.

Estos dos grandes principios tan necesarios y prove-

chosos al hombre, y que sirven para formar aun la felicidad temporal del individuo y de las Naciones, Jesu-Cristo los ha depositado en su Iglesia, para que por su medio se dispensen á la humanidad. En el depósito de la revelación que le ha confiado, se contiene todo lo que en el presente orden de la Providencia necesita el hombre saber para salvarse: todo lo que puede preservarlo del naufragio de las pasiones; todo lo que puede servir de clave para resolver los importantes y variados problemas que en el curso de los tiempos afectan moralmente á la Sociedad en su conservación y desarrollo.

Allí están también encerrados los gérmenes de luz que deben servir de guía á las ciencias y las artes, para que bajo su fecunda influencia se desarrollen con seguridad y embellezcan con sus progresos los dominios de la razón humana.

La Iglesia no puede alterar en lo más mínimo este sagrado depósito. Su misión se reduce á conservarlo en toda su integridad; á desarrollar por medio de la actividad del espíritu humano, y bajo la asistencia especial del Espíritu Santo, los gérmenes de luz que encierra, para que brillen con toda firmeza, según las circunstancias, las enseñanzas de Dios, y finalmente á difundir esta misma luz por todo el mundo, haciendo que iluminen sus rayos al hombre, en cualquier lugar y condición de vida en que se halle, sin cesar en esta Obra bienhechora sino cuando el mundo desaparezca y le suceda el reinado de la eternidad.

Pero ¿cuáles son los órganos ordinarios por donde la Iglesia comunica al hombre la luz divina que posee y las aguas purísimas de la gracia?

El Espíritu Santo, dice la Sagrada Escritura, ha puesto á los Obispos para regir la Iglesia de Dios. A ellos especialmente se ha dicho en la persona de los Apóstoles: "Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura, enseñando todo lo que os he mandado." A ellos se aplican con toda propiedad aquellas palabras del

Evangelio: "Vosotros sois la luz del mundo: sois la sal de la tierra."

Y para que esta verdad tan importante se manifieste siempre á los ojos de los fieles, de una manera sensible, la Iglesia ha dispuesto que los Obispos se presenten al pueblo católico con ciertos signos exteriores que revelan su altísima misión.

¿No veis que los Prelados de la Iglesia, á diferencia de los demás Ministros del Santuario, ciñen sus cienes con la Mitra? Esto significa que como luz del mundo deben poseer la ciencia del Antiguo y Nuevo Testamento para comunicarla á su rebaño.

¿No veis que ostentan en su pecho el augustísimo símbolo de Ntra. Redención? Esto significa que á imitación del Apóstol San Pablo deben poner sus delicias en la eminente ciencia de Jesu-Cristo crucificado, para infundirla en sus ovejitas con la virtud de su palabra y el atractivo de su ejemplo.

¿No veis que sus manos empuñan el cayado de Pastor? Esto significa que teniendo la plenitud del Sacerdocio, y por lo mismo la luz de la verdad y la fuente riquísima de la gracia, deben guiar con toda solícitud por las escabrosas sendas de esta vida, las ovejitas que se les han confiado, á las hermosas praderas del cielo.

¿No veis que en las funciones pontificales cubren, á veces, sus pies con las sandalias? Esto significa que siendo sal de la tierra, no deben contaminarse con el polvo de este mundo, para que puedan preservar á los fieles de la corrupción de las pasiones.

Y de acuerdo con la significación de estos emblemas, oigo á la Iglesia exclamar con San Agustín: "Episcopus quantus est, vox est, id est, nullum aliud ei incumbit officium, nisi clamare preconia Christi." El Obispo, todo cuanto es, es voz; es decir, no tiene otro oficio que publicar las grandezas de Jesu-Cristo; y con San Bernardo: "Quid aliud est Episcopus quam quidam suæ Diocesis sol?" ¿Qué otra cosa es el Obispo que cierto sol de su Diócesis?

Por eso los Padres del Concilio 2.^o de Sevilla, celebrado en el año de 630, decretaron: "Episcopo præsente, non liceat Præsbitero populum docere aut exhortare." Estando presente el Obispo no sea permitido á los Presbíteros enseñar ó exhortar al pueblo.

¡Oh misión verdaderamente admirable! ¿Quién podrá celebrar dignamente tu grandeza?

Pero veamos, amados hijos en Jesu-Cristo, qué frutos ha producido en el mundo. Para esto corramos un poco el velo de los tiempos y contemplémoslos por un instante.

A la venida de Jesu-Cristo, se hallaba la humanidad envuelta en las densas tinieblas de la Idolatría. Las pasiones habían establecido su trono en el corazón del hombre. El error y la corrupción dominaban tranquilamente la tierra. Pero apenas se escucha el mandato de Nuestro Divino Salvador que ordena á sus Apóstoles, y en su persona á los Obispos, predicar el Evangelio á toda creatura, cuando al eco de sus enseñanzas comienzan á desvanecerse los errores, como se desvanece la oscuridad de la noche al despuntar en el Oriente la luz del Sol. Las regiones de la inteligencia son iluminadas por esa luz celestial, y todos los tesoros que encierra el reino de la verdad van apareciendo uno tras otro con todos sus encantos y bellezas. La humanidad los contempla, y no pudiendo resistir á sus atractivos, porque el hombre ha nacido para la verdad, se los va apropiando poco á poco, y comienza á regenerarse y á organizarse en todas sus relaciones, conforme á las enseñanzas de Dios. El grande Obispo de Hipona, conmovido profundamente por la sublimidad y hermosura de estas verdades, que cual semillas divinas esparcía por toda la tierra la predicación evangélica, nos las presenta en compendio, con su arrebatadora elocuencia, en este cántico sublime con que saluda á la Iglesia de Jesu-Cristo: "Salve, dice, ¡oh Iglesia Católica! madre de los cristianos. Vos sois quien enseñáis á los hombres, no solamente adorar á un solo Dios verdadero, y con esto destruis la idolatría de la superficie de la tierra, sino también les enseñáis la caridad para con sus hermanos de una manera tan perfecta,

que hallar un remedio eficaz todas las miserias humanas que afligen al mundo por el pecado.

Vos sois quien, según las circunstancias, tierna con el niño, tuerte con el adulto, grave con el anciano, enseñáis la verdad y ejercitais la virtud, según la fuerza de la edad y el desarrollo de la inteligencia.

Vos sois quien sometéis la mujer al marido, por una obediencia casta y fiel, no para satisfacer apetitos brutales, sino para conservar la familia, la sociedad, el género humano.

Vos sois quien unís los hermanos á los hermanos con el lazo de la religión, lazo más sagrado y más fuerte que el de la sangre.

Vos sois quien enseñáis á los servidores á ser adictos á sus dueños, no tanto por la necesidad de su condición, como por el amor de su deber.

Vos sois quien unís, no solamente por relaciones la sociedad, sino por vínculos de fraternidad, los ciudadanos á los ciudadanos, las naciones á las naciones, y á todos los hombres entre sí, cualesquiera que sean, recordándoles su origen común.

Vos sois quien enseñáis á los reyes á gobernar á los pueblos, y á los pueblos á obedecer á los reyes.

Vos sois, en fin, quien enseñáis con una precisión perfecta, á quien se debe el honor, á quien el afecto, á quien el respeto, á quien el temor, á quien el consuelo, á quien la advertencia, á quien la exhortación, á quien la reprección, á quien la corrección, á quien el castigo, mostrando que todas estas cosas no son debidas á todos, sino á todos la caridad, á ninguno la ofensa."

A estos frutos de luz, producidos por las enseñanzas de la Iglesia, hay que agregar los frutos de santidad. La predicación de los Apóstoles y de los Obispos no solamente ilumina la inteligencia, fecunda también el corazón.

Por esto la humanidad, que antes era un foco de corrupción en donde germinaban todos los vicios y las pasiones más vergonzosas, al escuchar la palabra de los heraldos del Evangelio, comienza á regenerarse en el orden mo-

ral, y el corazón de la Sociedad se transforma poco á poco en un huerto amenísimo, en donde nacen las flores más exquisitas y los árboles más preciosos de santidad.

Penetremos, amados hijos en Jesu-Cristo, aunque sea por unos instantes, en este delicioso Jardín, y admiremos los hermosos cedros del Libano que allí crecen, símbolo de la eminente santidad de los anacoretas; las gallardas palmas de Cader, emblema de los ilustres Doctores, que con sus valientes plumas de oro, alcanzaron brillantes victorias sobre las herejías: los encumbrados cipreses y frondosos plátanos, símbolo de la eminente santidad de los confesores; las purpúreas rosas de Jericó y el cándido lirio de los valles, emblema de las almas puras, que derramaron su sangre por Jesu-Cristo y no temieron clavar en su Cruz la carne con sus concupiscencias. Aspiremos también el suave aroma del bálsamo, del incienso y de la mirra, que trascienden en este huerto, símbolos del admirable perfume de santidad, que en el campo de la Iglesia difunden en todos tiempos y en todos los estados, las almas que se nutren con las enseñanzas de Jesu-Cristo. Y para concluir, observemos, con un escritor moderno, que la influencia de las enseñanzas de la Iglesia ha sido tal en el mundo, aun en lo puramente temporal, que no parece sino que esta Hija del cielo ha sido fundada para labrar el bienestar material del individuo y de las Naciones.

Con razón el Espíritu Santo, para darnos una idea de la grandeza de la misión de los Apóstoles y de los Obispos, prorrumpe en estas hermosas palabras: "Quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bonam. Qué hermosos son los pies de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan el bien!"

II.

Pero estas verdades que os acabamos de exponer, nos llenan, amados hijos en Jesu-Cristo, de grande confusión, y os confesamos con toda verdad, que nunca como ahora sentimos el enorme peso de aquellas palabras del Sto. Conci-

lio de Trento: "El Episcopado es una carga que hace temblar los hombros de los Angeles."

Sí, á desempeñar esta misión tan grande, á continuar en medio de vosotros la Obra eminentemente civilizadora de los Apóstoles, nos ha mandado el Señor, por medio de su representante en la tierra.

Pequeñísimos y miserables, venimos por disposición divina á ocupar el trono episcopal de esta Diócesis, muy ilustre por su antigüedad, pero mucho más por los varones eminentes que la han regido.

Sus nombres brillan en la historia con esa luz inmortal que el cielo da á los escogidos del Señor, y están circundados con la aureola de la gratitud y del amor.

¿Qué hacer, amados hijos en Jesu-Cristo, en tales circunstancias? El Apóstol San Pablo nos lo indica: "Ministerium tuum imple." "Cumple tu ministerio."

Sí, á pesar de nuestra insuficiencia y pequeñez, ya que el Señor por su bondad nos ha constituido vuestro Pastor, queremos, con todo nuestro corazón, dispensaros fielmente los tesoros de gracia que ha puesto en nuestras manos.

Para esto, nos proponemos observar con todo empeño las siguientes reglas de conducta.

En primer lugar, no puede un Obispo cumplir como Dios quiere su alta misión, si no tiene para con la Sta. Sede un amor grande, y generoso y una resolución inquebrantable de poner en práctica todos sus mandatos y aun sus más ligeras insinuaciones. Porque en la Cátedra de San Pedro es en donde Jesu-Cristo, vive, reina é impera. Allí, pues, amados hijos en Jesu-Cristo, queremos ante todo vincular de preferencia nuestro amor y poder exclamar con el ilustre Obispo de Metz: ¡Oh Santa Iglesia Romana, Madre de todas las iglesias y Madre de todos los fieles! Si yo te olvido, pueda olvidarme de mi mismo: que se seque mi lengua y quede inmóvil mi palabra, si tu no eres siempre la primera en mi memoria, y si no te pongo al principio de todos mis cánticos de alegría. Y como hijos obedientes y sumisos, deseamos además poner en práctica,

con toda exactitud, cuanto ha establecido en los Sagrados Cánones.

¿Quiere Ntra. Madre la Sta Iglesia que los Obispos, en sus Diócesis, atiendan de preferencia á sus Seminarios y que los cuiden como á las niñas de sus ojos? También lo queremos nosotros. Por lo mismo, nuestro amado Seminario, que ha sido en lo pasado cuna de varones ilustres, y al cual debemos nuestra educación literaria, formará desde ahora el objeto principal de nuestros desvelos, para que siga siendo fecundo semillero de generosos campeones de Jesu-Cristo.

¿Quiere la Iglesia que los Obispos procuren, con singular solícitud, que el Clero de sus Diócesis viva en el siglo como conviene á los ministros de Jesu Cristo, y á los dispensadores de sus celestiales misterios? También lo queremos nosotros. Y sin olvidarnos de que la caridad es el fundamento en que se apoya la autoridad eclesiástica, el fuego sagrado que debe circular por las venas del Obispo, y el impulso que ha de hacer palpar siempre su corazón; nos esforzaremos, con la prudencia y discreción debidas, porque el V. Clero de nuestra Diócesis, con su ejemplo, sirva de edificación á los fieles y forme las complacencias de Dios.

¿Quiere la Iglesia que los Obispos se esmeren en cuidar de la instrucción de la juventud, porque de ella depende el porvenir feliz ó miserable de los pueblos y de las Naciones? También lo queremos nosotros. Y sin perdonar sacrificios, cualesquiera que sean, miraremos esta obra como una de las principales de nuestro ministerio pastoral.

¿Quiere la Iglesia que extiendan los Obispos su solícitud á las obras de Propaganda católica, tales como la buena prensa, los Círculos católicos y demás obras de beneficencia, favoreciéndolas? También lo queremos nosotros. Y hasta donde nuestras débiles fuerzas lo permitan, trabajaremos porque estas sabias instituciones se inspiren siempre en el corazón de la Santa Sede, y se desarrollen en nuestra Diócesis, con grande vigor y en todas sus ramificaciones.

¿Quiere finalmente la Iglesia que, en las actuales circunstancias, el Sacerdote salga de la Sacristía, se comunique familiarmente con el pueblo para infundirle la savia divina de la Religión? También lo queremos nosotros, y estamos resueltos á hacer, especialmente por los Obreros, cuanto podamos para que se mejore su condición, se libren de las garras del socialismo y comunismo, y gocen de los deliciosos frutos de la vida doméstica, inspirada y dirigida por la Religión. En segundo lugar, para que el Obispo desempeñe con fruto su misión, debe, como dice San Bernardo, tratar de tal manera á sus súbditos, que atraídos éstos por el amor y la confianza, no teman acercarse á su Prelado, y depositen en su pecho los secretos de su corazón como en el seno de una amante madre. Esta conducta, muy amados hijos en Jesu Cristo, queremos observar con vosotros. Os amamos á todos entrañablemente, sin distinción de clases y condiciones, y deseamos que nos tengáis una confianza filial. Especialmente exigimos esta confianza de nuestro muy amado Clero. El Señor, oh venerables Sacerdotes, os ha puesto para que seáis nuestros cooperadores en la ardua misión de santificar las almas. Pero ¡oh! ¡cuántas veces vuestro corazón se sentirá herido por las tribulaciones más grandes, tal vez en los momentos mismos en que derramáis con mano generosa los beneficios de la caridad? La calumnia denigrará vuestras puras intenciones, y todos vuestros esfuerzos de celo los vereis á punto de naufragar en las olas de las pasiones que combatis. Cuando llegue este caso, venid, venerables hermanos, á refugiarnos en la ternura paternal de vuestro Obispo; confiad á su pecho los secretos del vuestro; derramad en su corazón las amarguras que os atormentan, y sus humildes oraciones, unidas á las vuestras, os restituirán la paz y tranquilidad del alma, la energía y el vigor del espíritu.

Tal es, venerables hermanos é hijos muy amados en Jesu Cristo, la manera con que nos proponemos desempeñar en medio de vosotros la alta misión que se nos ha confiado.

Pero ¿de qué servirán todos nuestros esfuerzos si el Se-

nor no los fecunda con su gracia? Por esto ¡oh Divino Salvador! á vos dirigimos nuestras miradas, en Vos colocamos nuestra esperanza. Desde este momento Os consagramos todos los trabajos de nuestro ministerio pastoral, para que los vivifiqueis con el calor de vuestro adorable Corazón.

A Vos también acudimos, ¡oh dulce Madre de Guadalupe! Desde la augusta colina del Tepeyac, dirigid vuestras miradas amorosas á esta Diócesis que solemnemente os ha proclamado por su Reyna y Soberana. Cuidad al Pastor y á las ovejas, para que escuchando siempre los dulces silbos de vuestro Santísimo Hijo, sea la Diócesis de Puebla, verdaderamente Diócesis de Angeles, en que todos hagamos la voluntad del Señor.

Tales son, venerables hermanos é hijos muy amados en Jesu-Cristo, los vehementes deseos de vuestro indigno pero muy amante Prelado, que con toda la efusión de su corazón os bendice en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Dada en Nuestro Palacio Episcopal de Puebla, el 16 de Julio de 1902.

† *Ramón,*

OBISPO DE PUEBLA.

Por mandato de S. S. I.

Pbro. Ignacio González,

SECRETARIO.

DIRECCIÓN GENERAL DE



ESTA Carta Pastoral se leerá en Ntra. Santa Iglesia Catedral, y en todas las Parroquias y Templos de Ntra. Diócesis, el siguiente día festivo después de recibirla. Además, en las Parroquias se hará con la mayor solemnidad, el día que designen los Párrocos respectivos, el acto siguiente de consagración que hicimos en la Colegiata.

Fórmula de la consagración de la Diócesis de Puebla á la Santísima Virgen de Guadalupe.

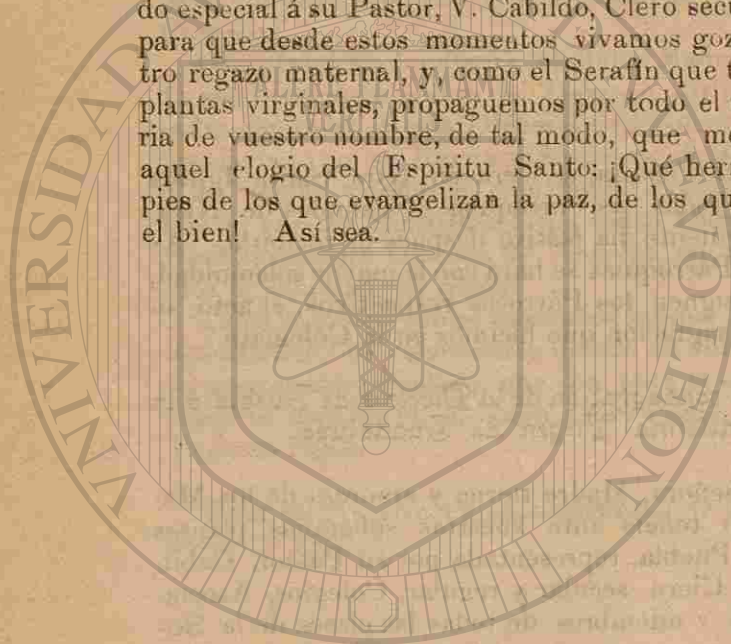
¡Dulcísima Señora, Madre tierna y amorosa de los Mexicanos! Aquí teneis ante vuestras soberanas plantas la Diócesis de Puebla, representada por su Pastor, Cabildo, Seminario, Clero secular y regular, Colegios, Asociaciones piadosas y miembros de todas las clases de la Sociedad.

Venimos, Señora, á reconoceros en este día de una manera solemne, delante del cielo y de la tierra, por Nuestra Augusta Soberana, y á protestaros con toda nuestra alma nuestro amor y humilde vasallaje.

De hoy en adelante, la Diócesis de Puebla se gloriará de ser, de un modo muy especial, cosa y posesión vuestra. Cuidadla como á la niña de vuestros ojos: reservadle en vuestro maternal corazón un lugar distinguido, en donde vivan siempre unidos con los lazos purísimos del amor, el Prelado y sus amantes ovejitas, y que á imitación vuestra pongan todas sus delicias en poseer y practicar la eminente ciencia de Jesu-Cristo crucificado, que nos muestra esa Cruz preciosa que adorna vuestro cuello virginal.

005096

Recibid, Señora, nuestros votos, en testimonio de los cuales os prometemos una corona de oro, y bendicid en este día memorable, con esa bendición que encierra todos los tesoros del Cielo la Diócesis Angelopolitana, y de un modo especial á su Pastor, V. Cabildo, Clero secular y regular, para que desde estos momentos vivamos gozosos en vuestro regazo maternal, y, como el Serafín que tocan vuestras plantas virginales, propaguemos por todo el mundo la gloria de vuestro nombre, de tal modo, que merezcamos oír aquel elogio del Espíritu Santo: ¡Qué hermosos son los pies de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan el bien! Así sea.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

005